

Recuperar lo perdido

Isabel Violadé 2020

Llegaba septiembre, mes inconfundible por ese profundo aroma a la alfalfa recién cortada, por un calor todavía intenso refrescado por alguna brisa que se anticipaba y, también, por ser momento de obtener el resultado de un verano intenso de trabajo en el campo, que permitiría algún jovial festejo.

Me gustaba acercarme a la estación para ver cómo el tren impaciente esperaba su partida hacia Bilbao y Madrid; mi padre, entre otros, cargaba sobre broza amarilla en vagones repletos aquellos melones de corteza gorda y dura, con sus surcos característicos, y ese verde intenso que anticipaba un sabor jugoso y fresco con el que tantas veces disfruté.

La actividad del ir y venir de los mozos por los andenes, la presencia de algún listo comerciante que se anticipaba a la carga para comprar parte de la mercancía, y los niños que correteábamos en corta carrera en torno a las vías, era el anticipo de una comida festiva en familia con la que se cerraría esa cosecha.

No todos iban para los remolques, otros quedaban guardados, y se conservaban hasta el duro invierno, bajo la cama alta de hierro, a los que yo, a veces, jugando descubría pensando haber encontrado a mi hermano agazapado en habitual escondite.

Aquella niña acompañaba alegre en su salida el tren que partía; ahora espero con ilusión el momento de que entre en el arcén y revivir en nuevos tiempos aquellos días en los que los melones de Torres de Berrellén recorrían las vías y los hogares con merecida fama.

#